

Cyberbullying, correlatos psicológicos y diferencias de sexo en una muestra de adolescentes argentinos

Santiago Resett

Universidad Católica Argentina

Resumen:

El *cyberbullying* es un importante factor de riesgo para la salud mental de los niños y adolescentes. Así la presente investigación tenía como propósito explorar los niveles de cybervictimización, cyberagresión, diferencias de sexo y sus correlatos psicológicos. Para este fin, se aplicó el Cuestionario de Cyberbullying de Calvete et al. en una muestra de adolescentes argentinos, los cuales también completaron medidas de problemas emocionales (depresión, ansiedad y autoestima). Se constituyó una muestra intencional de 898 adolescentes de escuela secundaria (43% varones, edad media 15.2). Se observó un 14% de cybervíctimas, un 9% de cyberagresores y un 16% de ambos grupos. Más varones eran cyberagresores, mientras que más mujeres eran cybervíctimas. Las burlas sobre el aspecto físico y los sobrenombres enviados mediante las nuevas tecnologías eran la forma más común de ser cybervictimizado. Se detectó que los grupos no involucrados y los cyberagresores mostraban menores niveles de los tres problemas emocionales en comparación con los otros dos grupos; no existían diferencias a este respecto entre los dos primeros grupos. En las conclusiones se analizan estos hallazgos y se brindan sugerencias para futuros estudios.

Palabras claves: cybervictimización, cyberagresión, sexo, correlatos psicológicos.

Santiago Resett

Universidad Católica Argentina

Laurencena 222 bis, Paraná, Entre Ríos, Argentina CP 3100

santiago_resett@hotmail.com

El acoso escolar por parte de los pares –*bullying*– es un importante factor de riesgo para el ajuste psicosocial de niños y adolescentes debido a su asociación con numerosos problemas de ajuste psicosocial (Card & Hodges, 2008; Card, Isaacs, & Hodges, 2007; Olweus, 1993). Existe bullying cuando, en primer lugar, un individuo es expuesto repetidamente a acciones negativas intencionales por parte de un sujeto o grupo y existe una desigualdad de fuerzas entre la víctima y el agresor (Olweus, 1993, 1999). El bullying puede ser llevado a cabo de distintas formas: verbales (poner apodos, burlas, insultos, etc.), físicas (golpes, patadas, empujones, etc.) e indirecta o relacionalmente, esto es, sin usar contacto físico o verbal directo con la víctima (Rigby, Smith, & Pepler, 2004): esparcir rumores, dañar la reputación de otro alumno, o excluir.

Se sabe que el uso de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación tienen una notable incidencia, principalmente en los más jóvenes. Por ejemplo, en los Estados Unidos, el 92% de los adolescentes entre las edades 13-17 decían usar celulares y un 25% afirmaba hacerlo todo el tiempo (Lenhart, 2015). En los países latinoamericanos, como la Argentina, la disponibilidad y atracción hacia las nuevas tecnologías es notable; en dicha región los adolescentes argentinos están a la vanguardia de la “generación interactiva” debido al intenso uso que hacen de dichas tecnologías (Facio & Resett, 2012).

Así en la actualidad el avance de la tecnología y los medios de comunicación, como su popularidad entre los más jóvenes y adolescentes, dio lugar al cyberbullying o acoso electrónico (Olweus, 2012; Kowalski, Giumetti, Schroeder, & Lattanner, 2014; Kowalsky & Limber, 2013). A pesar de que todavía se debate cómo medir y definir el cyberbullying (Patchin & Hinduja, 2015; Mehari, Farrel, & Le, 2014), la mayoría de los investigadores coinciden en que éste es una agresión intencional y dañina que ocurre a través de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (Sontang, Clemans, Graber, & Lyndon,

2010) y existe un desbalance de poder entre la víctima y el agresor (Beran & Li, 2005; Slonje & Smith, 2008). Los medios a través de los cuales puede ocurrir son diversos: e-mail, mensajes de textos, redes sociales, páginas webs, videojuegos, entre otros. El ciberbullying es muy frecuente en la adolescencia, principalmente en la adolescencia temprana (Kowalaki, Giumetti, Schroeder, & Lattanner, 2014). Por ejemplo, Tokunaga (2010) halló que un 20% - 40% de los adolescentes era víctima. Sin embargo, las cifras varían notablemente a través de los diversos estudios (Kowalski & Limber, 2007). En general, la prevalencia fluctúa entre 10%-35% en las distintas investigaciones (Agatston, Kowalski, & Limber, 2007; Hinduja & Patchin, 2008; Kowalski & Limber, 2007; Li, 2007; Patchin & Hinduja, 2006). En lo relativo a ser agresor, los estudios señalan que 11%-44% cometió hechos de cyberagresión. (Calvete, Orue, Estévez, Villardón, & Padilla, 2010). De este modo, el aumento de los hechos de cyberbullying se ha vuelto un tema de notable interés para padres, docentes y la comunidad educativa en su conjunto (Law, Shapka, Domene, & Gagné, 2012).

El ser cybervictimizado se relaciona con un gran conjunto de problemas psicosociales, como depresión, ansiedad, baja autostima y, en algunos casos, intentos de suicidio (Gamez-Guadix et al., 2013; Mehari et al., 2014, Patchin & Hinduja, 2010), como puede ser el caso de Amanda Todd en el Canadá. Un importante estudio en Australia, por ejemplo, halló que en las víctimas -luego de un incidente de este tipo- un 3% presentaba ideas suicidas y un 2% se autolesionaba (Price & Dalgleish, 2010). También es sabido sus efectos negativos sobre la salud mental son tanto concurrente como a largo plazo (Slonje, Smith, & Frisén, 2013). En cambio, los cyberagresores no presentan mayores problemas psicológicos, con la excepción de mayores niveles de problemas de conducta (Juvonen et al., 2003; Volk, Craig, Boyce, & King, 2006). No obstante, algunos estudios recientes señalan que los cyberagresores presentan un peor funcionamiento psicosocial (Wong, Chan & Cheng, 2014). Fletcher, Fitzgerald-Yau, Jones, Allen, Viner, y Bonell (2014) hallaron que los cyberagresores

presentaban una peor calidad de vida. Bauman, Toomey y Walker (2013) e Hinduja y Patchin (2010) encontraron que ser cyberagresor se relacionaba con mayor probabilidad de intento de suicidio.

En lo relativo a la cybervictimización, la cyberagresión y las diferencias de sexo, los resultados son inconsistentes (Kowalski et al., 2014). Si bien algunos estudios encontraron que los varones se involucraban más en la cyberagresión, en comparación con las mujeres (Li, 2006), otras investigación hallaron que las mujeres lo hacían en mayor medida (Kowalski & Limber, 2007), mientras otros trabajos no encontraron diferencias a este respecto (Hinduja & Patchin, 2008; Slonje & Smith, 2008).

En comparación con el bullying, la investigación en cyberbullying es todavía limitada y mucho falta por estudiar (Law, Shapka, Hymel, Olson, & Waterhouse, 2011), principalmente en la Argentina, en la cual no hay muchos estudios sobre la incidencia del cyberbullying y sus correlatos psicológicos. En lo referente a la investigación sobre cyberbullying, la misma es casi nula en dicho país. Uno de los pocos estudios en países latinoamericanos sobre el cyberbullying con 21000 estudiantes de 10-18 años en siete países de dicha región halló que (Río Pérez, Bringue Sala, Sábada Chalezquer, & González González, 2010). La Argentina ostentaba uno de los niveles más altos de cyberbullying en dicha región, con 7% de los estudiantes diciendo que habían recibido mensajes ofensivos a través del celular; 15% que había mandado mensajes ofensivos, 7% había sido cyberacosado en la internet y 6% había acosado con esta herramienta. El problema de dicho estudio es que midió el cyberbullying con un cuestionario online y no empleó un instrumento de reconocidas propiedades psicométricas, sino que se basó más en una serie de preguntas tipo encuesta. Si bien existen algunos instrumentos que demostraron buena propiedades a nivel internacional, existen varias limitaciones a este respecto (Calvete et al., 2010; Gamez-Guadiz et al., 2014; Tokunaga, 2010). Entre éstas, se puede señalar: muchos autores miden el

constructo con dos alternativas dicótomicas (“sí” o “no”), por lo cual existe una limitada y pobre medición; muchos cuestionarios o miden cybervictimización o cyber agresión, cuando está bien establecido que ambas conductas tienden a co-ocurrir y, finalmente, muchos instrumentos no brindan sus propiedades psicométricas o no se adaptan a distintos contextos culturales (Tokunaga, 2010). La ventaja de la presente investigación es que empleó un instrumento con buenas propiedades psicométricas en países de habla hispana y que mide tanto la cybervictimización como la cyberagresión (Gamez-Guadiz et al., 2014).

Por todo lo dicho, la presente investigación tenía como objetivo evaluar la incidencia de la cybervictimización, la cyberagresión, las diferencias de sexo y sus correlatos psicológicos en una muestra de gran tamaño de la Argentina mediante un instrumento de buenas propiedades psicométricas.

Objetivos

-Examinar el nivel de cybervictimización y cyberagresión en adolescentes de escuelas medias y determinar si varía según el sexo.

-Explorar los correlatos psicológicos (depresión, ansiedad y autoestima) de la cybervictimización y cyberagresión.

-

Metodología

Tipo de estudio:

Se trató de un estudio cuantitativo de tipo descriptivo-correlacional y transversal.

Participantes:

Para responder a los objetivos del presente estudio, se constituyó primero una muestra intencional no probabilística de $N = 898$ alumnos que cursaban estudios de nivel medio en

tres escuelas públicas de la ciudad de Paraná, en la provincia de Entre Ríos, Argentina. El 43% eran varones. Un 15% de los adolescentes asistía a 7° grado; 16%, 8° grado; 17%, 9° grado; 19% 10° grado; 21%, 11° grado y el resto a 12° grado del sistema educativo secundario de la Argentina. El promedio de edad era de 15.2 años ($SD = 1.6$) con edades entre 12 y 18 años. El 64% de los participantes vivía con ambos padres.

Instrumentos:

-Cuestionario para recabar datos socio-demográficos. Sexo, edad, etc.

-El Cuestionario de Cyberbullying de Calvete, Orue, Estévez, Villardón y Padilla (2010). Se compone de dos subescalas diferentes, una para medir cyberagresión y una para medir cyber victimización. La versión del cuestionario consta de 14 preguntas sobre agredir y 14 sobre victimización. La subescala de agresión incluye preguntas en la que el adolescente deberá indicar la frecuencia con la que él o ella ha llevado a cabo comportamientos de cyberagresión: -recibir mensajes amenazantes o insultantes, -colgar o enviar imágenes amenazantes o insultantes, -poner enlaces o imágenes insultantes o desagradables, -escribir o difundir chismes, -colgar enlaces donde aparecen chismes, rumores, -conseguir mi contraseña y enviar mensajes para hacerme quedar mal, -grabarme o tomarme fotos mientras se burlan de mí, -mandarlas a través de las redes sociales, -grabarme o tomarme fotos mientras me pegan, -mandarlas a través de las redes sociales, -difundir secretos a través de las redes sociales, -excluirme de las redes sociales, -grabarme o tomarme fotos de comportamiento sexual y -mandarlas a través de las redes sociales. Un ejemplo de pregunta de cyberagresión es “Colgué enlaces donde aparecían rumores, chismes etc. de un compañero para que las leyera otras personas”. La subescala de victimización pregunta en cuanto a la frecuencia con la que los adolescentes han sufrido dichos comportamientos de cyberbullying como víctimas. Un ejemplo de pregunta de dicho cuestionario para la subescala de victimización es: “Me enviaron mensajes amenazantes o insultantes con la Internet o el celular”. El formato de

respuesta utilizado originalmente para evaluar la frecuencia cada comportamiento era 0 ("Nunca"), 1 ("1 o 2 veces"), 2 ("3 o 4 veces"), o 3 ("5 o más veces"). Pero para evitar el sesgo subjetivo en las respuesta se introdujeron frecuencia temporales en las alternativas de respuesta, similares a la del Cuestionario de Olweus (1996) de bullying: -"Nunca" -"Una o dos veces" -"Dos o tres veces al mes" -"Más o menos una vez por semana" y -"Varias veces por semana". Las respuestas son codificadas como 0 ("Nunca") a 4 ("Varias veces por semana"). Sus propiedades están bien establecidas en España y México (Calvete et al., 2010; Gámez-Guadix, Villa-George, & Calvete, 2014). Para adaptar la escala de un contexto lingüístico argentino, se hicieron cambios menores en comparación con la versión española (por ejemplo, "Teléfono móvil" se sustituyó por "Celular"), los cuales fueron sugeridos por tres jueces independientes (un alumno avanzado de psicología y dos investigadores en psicología del desarrollo). Antes aplicar el cuestionario, se lo administró a una muestra piloto de 84 alumnos de escuela secundaria, a los cuales se les indicó que lo contestaran y realizaran todas las preguntas o comentarios ante los ítems que no comprendieran; en dicho estudio las alfas de Cronbach fueron adecuadas con .87 para la subescala de cyberagredir y .84 para la de ser cybevictimizado. También otro estudio en la Argentina que empleó dicha adaptación encontró asociación entre las escalas de cybervictimización y cibervictimización con los cinco grandes factores de la personalidad (Resett & Gamez-Guadix, 2017).

-*Escala de Autoestima de Rosenberg (Rosenberg, 1965)*. Este es uno de los instrumentos más usados en el mundo. Los 10 ítems de la RSES miden la evaluación global que una persona hace cuán valiosa cree ser (Rosenberg, 1965) y sus respuestas se puntúan en una escala de cuatro alternativas que van de 1 (Fuerte desacuerdo) a 4 (Fuerte acuerdo). Las respuestas se suman y puntajes más altos indican una mayor autoestima. La escala presenta buenas alfas de Cronbach (.73-.84) en muestras de adolescentes argentinos (Facio et al., 2006). En esta muestra el alfa fue .87.

-Inventario de Depresión para Niños de Kovacs (1992). Este cuestionario, uno de los más usados en el mundo, mide síndrome depresivo -a nivel de estado más que de rasgo- en niños y adolescentes de 7 a 17 años a partir de 27 preguntas. Un ejemplo de ítems es: “Todo el tiempo me siento triste”. La autora informa una consistencia interna de alfa de Cronbach que fluctúan entre .71 y .89 para distintas muestras (Kovacs, 1992). Sus virtudes psicométricas están bien establecidas en muestras argentinas (Facio, Resett, Mistrorigo, & Micocci, 2006). El alfa de Cronbach de dicho inventario fue de .83 en la presente muestra.

-Escala Rosenberg de Síntomas Psicossomáticos (1973). Esta escala de 10 preguntas evalúa la ansiedad a través de síntomas de activación del sistema nervioso autónomo. La escala presenta cuatro opciones de respuesta de 0 a 3 (“Nunca” a “Algunas veces o a menudo”). Un ejemplo de ítem es: “Me preocupan mis nervios”. Su consistencia interna en la Argentina ha sido bien establecida (Facio et al., 2006). El alfa de Cronbach fue de .84 en la presente muestra.

Procedimientos de recolección:

En primer lugar se contactó a los directores de las escuelas con el fin de solicitar la autorización y explicar los fines de la investigación. Luego se mandó una nota en el cuaderno de comunicaciones de los alumnos para pedir la autorización a sus padres; sólo padres rechazaron participar. Finalmente, se les explicó a los alumnos la finalidad del estudio y se aseguró a los jóvenes la confidencialidad y el anonimato de las respuestas. Las encuestas se aplicaron en el horario normal de clases o en horas libres con los investigadores a cargo de cada uno de los cursos.

Procedimientos estadísticos:

Los datos se analizaron en el programa Estadístico para las Ciencias Sociales SPSS versión 22.

Resultados:

En la tabla 1 se muestran los porcentajes de los alumnos involucrados en el cyberbullying según su rol.

Tabla 1: Porcentajes de alumnos involucrados en cyberbullying según sexo

Grupos	Varón	Mujer	Total
No involucrados	66%	58%	61%
Cybervíctimas	8%	18%	14%
Cyberagresores	12%	7%	9%
Ambos	14%	17%	16%
N = 898	100%	100%	100%

Se detectaron diferencias según el sexo $\chi(3) = 23,11$ $p < 0,001$. Como se ve en la tabla 1, más varones pertenecían a los grupos no involucrados y a los cyberagresores, mientras más mujeres eran cybervíctimizadas.

En lo concerniente a los distintos tipos de cybervíctimización y cyberagresión, en la tabla 2 se presentan los porcentajes totales y según sexo para la cybervíctimización. En la tabla 3 se presenta lo mismo pero la cyberagresión. También aquí se tomó como criterio al haber sufrido los distintos tipos de violencia dos o más veces en el mes. La media de cybervíctimización era 1,86 ($SD=4,14$) y para cyberagresión era 1,64 ($SD=4,85$).

Tabla 2: Porcentajes de las frecuencias de los distintos tipos de cybervíctimización según sexo y totales

Pregunta	Varón	Mujer	Total
1. Mensajes amenazantes o insultantes.	4%	4%	4%
2. Colgar o enviar imágenes más insultantes o feas.	4%	3%	3%
3. Enlaces o imágenes insultantes, desagradables más para ser vistas	2%	1%	1%
4. Escribir o difundir bromas, rumores, para poner en ridículo.	4%	7%	6%
5. Enlaces donde aparecían rumores, chismes etc. sobre mí	3%	3%	3%
6. Conseguir mi contraseña para acceder a redes sociales y enviar mensajes en mi nombre	2%	2%	2%
7. Grabarme o tomarme fotografías con el celular haciendo yo el ridículo	3%	0%	2%
8. Colgar esas imágenes más en las redes sociales	2%	2%	2%
9. Grabarme o tomarme fotografías con el celular mientras alguien me pega	2%	0%	1%
10. Colgar esas imágenes más grabadas en las redes sociales	3%	0%	1%
11. Difundir secretos, información o imágenes comprometidas sobre mí.	3%	5%	4%
12. Dejarme afuera adrede de un grupo en una red social	4%	5%	5%
13. Grabarme o tomarme fotografías mostrando un comportamiento sexual.	1%	0%	1%

14. Colgar imágenes más mostrando comportamientos sexuales para ser vistos	1%	0%	1%
----------------------------------------------------------------------------	----	----	----

Tabla 3: Porcentajes de las frecuencias de los distintos tipos de cyberagresión según sexo y totales

Pregunta	Varón	Mujer	Total
1. Mensajes amenazantes o insultantes.	5%	1%	3%
2. Colgar o enviar imágenes más insultantes o feas.	4%	1%	2%
3. Enlaces o imágenes insultantes, desagradables más para ser vistas	3%	0%	1%
4. Escribir o difundir bromas, rumores, para poner en ridículo.	7%	2%	5%
5. Enlaces donde aparecían rumores, chismes etc. sobre mí	4%	2%	3%
6. Conseguir mi contraseña para acceder a redes sociales y enviar mensajes en mi nombre	4%	0%	2%
7. Grabarme o tomarme fotografías con el celular haciendo yo el ridículo	3%	0%	1%
8. Colgar esas imágenes más en las redes sociales	4%	0%	2%
9. Grabarme o tomarme fotografías con el celular mientras alguien me pega	2%	0%	1%
10. Colgar esas imágenes más	2%	0%	1%

grabadas en las redes sociales			
11. Difundir secretos, información o imágenes comprometidas sobre mí.	3%	2%	3%
12. Dejarme afuera adrede de un grupo en una red social	5%	2%	4%
13. Grabarme o tomarme fotografías mostrando un comportamiento sexual.	4%	0%	2%
14. Colgar imágenes más mostrando comportamientos sexuales para ser vistos	5%	0%	2%

Como se muestra en la tabla 2, la cybervictimización más frecuente era ser agredido mediante escribir o difundir bromas, rumores, para hacer quedar en ridículo. No se percibían grandes diferencias en los tipos de cybervictimización según el sexo.

Cuando, en cambio, se analizaron las respuestas no por haber sufrido la cyberagresión, sino por haberla llevado a cabo, escribir o difundir bromas, rumores, para hacer quedar en ridículo era también la más frecuente. No se percibían diferencias significativas en las formas de agredir de acuerdo al sexo, como se muestra en la tabla 3.

Con el fin de evaluar los correlatos psicológicos de la cybervictimización y la cyberagresión, se llevó a cabo un MANCOVAs con la pertenencia a los grupos como factor entre sujetos, el sexo como covariato y los puntajes en depresión, ansiedad y autoestima como variables dependientes. Los resultados sugerían diferencias significativas según la pertenencia al grupo, como se ve en la tabla 4 λ de Wilks = 0,86 $F(9) = 13,76$ $p < 0,001$ eta 4%. También el sexo era significativo λ de Wilks = 0,88 $F(9) = 37,48$ $p < 0,001$ eta 12%. Univariadamente se detectaron diferencias significativas en los tres problemas aquí

examinados $F(3) = 28,14$ $p < 0,001$ $\eta^2 = 9\%$; $F(3) = 35,58$ $p < 0,001$ $\eta^2 = 12\%$ y $F(3) = 12,89$ $p < 0,001$ $\eta^2 = 5\%$. Al llevar a cabo comparaciones post hoc, se observó que las diferencias se debían a que los no involucrados presentaban menores niveles de dichos problemas que las cybervíctimas y el grupo de ambos; también los cyberagresores mostraban menores niveles que las cybervíctimas y el grupo de ambos.

Tabla 4: Medias y desvíos típicos en correlatos psicológicos de acuerdo a la involucración en el cyberbullying

Variable dependiente	No involucrado	Cybervíctima	Cyberagresor	Ambos
Depresión	11.70*	17.68**	12.35**	17.73**
	7.05	9.93	6.79	9.47
Ansiedad	7.79	14.13	9.59	12.63
	6.22	7.83	6.15	6.65
Autoestima	29.87	26.59	29.81	27.04
	5.31	5.94	5.57	6.37

Discusión:

El cyberbullying es un importante factor de riesgo para la salud mental de niños y adolescentes. Sin embargo, no existen muchos estudios en la Argentina que hayan evaluado esta problemática con instrumentos con sólidas propiedades psicométricas para evaluar la cybervictimización y la cyberagresión. Además, pocos estudios han evaluado los correlatos psicológicos de la cybervictimización y la cyberagresión. El cuestionario de Cyberbullying se Calvete et al. es uno de los instrumentos que demostró buenas propiedades para evaluar esta

problemática. De este modo, se constituyó una muestra de 898 adolescentes de la Argentina quienes contestaron dicho cuestionario y medidas de depresión, ansiedad y autoestima.

La mayoría de los adolescentes no estaba involucrado en el cyberbullying (61%), un 14% era cybervictimizado, un 9% era cyberagresor y un 16% era ambos. Estos hallazgos son más elevados que los informados por Kowalski et al. (2013) con un criterio similar de al menos dos veces, ya que ellos detectaron un 4%, 3% y 2% respectivamente. Pero estos resultados son coincidentes con de un gran estudio en los Estados Unidos con 3767 adolescentes, el cual halló un 18% de cybervíctimas y un 11% de cyberagresores. Cabe aclarar que la prevalencia de la cybervictimización fluctúa entre 10%-35% en las distintas investigaciones (Kowalski & Limber, 2007; Li, 2007; Patchin & Hinduja, 2006). En lo relativo a ser cyberagresor, los estudios señalan una fluctuación de 11%-44% (Calvete et al., 2010). Dichas variaciones en los estudios pueden deberse a los distintos instrumentos empleados, metodologías, edades y contextos culturales. En lo relativo a los pocos estudios disponibles que han empleado el cuestionario de Calvete et al., un estudio en México (Gamez-Guadix et al., 2014) halló una media de 1,13 para cybervictimización y 1,14 para cyberagresión, por lo cual los niveles del presente estudio argentino eran más elevados (1,86 y 1,64, respectivamente).

Se detectaron diferencias de sexo en lo relativo a la cyberagresión, ya que más varones integraban este grupo (12% versus 7%) y en la cybervictimización, ya que más mujeres lo eran (8% de varones versus 18%), mientras más varones pertenecían al grupo de no involucrados (66% versus 58%). Estas diferencias de sexo eran similares a las halladas por Sourander et al. (2010). Un estudio que empleó dicho instrumento también detectó que más varones eran agresores pero no encontró diferencias en la victimización (Gamez-Guadix et al., 2014). Sin embargo, diversos estudios encontraron inconsistencias en los resultados (Kowalski et al., 2014). Algunos autores sugieren que el cyberbullying y las diferencias de sexo podrían depender de cómo es llevado a cabo (Kowalski et al., 2014). Por ejemplo, las mujeres parecen ser más victimizadas vía mail que los varones (Hinduja & Patchin, 2008), mientras los varones son más victimizados a través de los mensajes de texto (Juvonen & Gross, 2008; Slonje & Smith, 2008). Sin embargo, en el presente estudio no emergían diferencias de sexo en las distintas preguntas sobre ser cybervíctima y ser cyberagresor. Como sugiere Tokunaga (2010), las diferencias de sexo son complejas como lo indican las inconsistencia en los resultados. A diferencia del bullying tradicional en el cual está solidamente establecido que los varones son más agresivos –por razones sociales como

biológicas, por ejemplo, la mayor fortaleza física-, estas inconsistencias pueden deberse a las muestras, la metodología y los cambios históricos en el uso de las nuevas tecnologías (Patchin & Hinduja, 2010). Se sabe muy bien que las tecnologías cambian rápidamente en muy poco tiempo alterando nuestra vida. Por lo cual, más investigación es necesaria a este respecto.

En lo relativo a las formas más frecuentes de ser cybervictimizado, lo más común era que te escriban o difundan bromas, rumores, para quedar en ridículo, lo mismo sucedía para la cyberagresión, lo cual concuerda por lo hallado por Gamez-Guadix et al. (2014) en adolescentes mexicanos.

La cybervictimización es un importante factor de riesgo para los problemas emocionales, tales como ansiedad, baja autoestima y depresión (Kowalski et al., 2014; Mehari et al., 2014). En el presente estudio los correlatos de la victimización tradicional y la cybervictimización eran prácticamente similares, con la excepción de que al igual que otras investigaciones los correlatos de problemas emocionales eran más negativos para la victimización presencial (Kubiszewski et al., 2015; Ortega et al., 2009; Wang et al., 2011), como lo indicaban puntajes más bajos en autoestima. Muchos estudios postulan que la victimización tradicional es más estresante emocionalmente debido que es mucho más difícil de evadir y evitar a diferencia del cyberbullying (Kubiszewski et al., 2015); así un estudio halló que un 50% de las víctimas señalaba no estar afectada psicológicamente por sufrir el cyberbullying (Ybarra et al., 2006). Esto puede deberse a que, por ejemplo, en algunas ocasiones uno puede bloquear de las redes sociales al cyberagresor. También, el bullying tradicional implica el contacto presencial con el agresor y la comunicación no verbal, lo cual para la víctima puede ser altamente estresante. Sin embargo, en el presente estudio no emergían grandes diferencias en los efectos de la victimización y la cybervictimización. Al igual que otros estudios (por ejemplo, Kowalski & Limber, 2013), la polivictimización, ser agredido en ambas formas, se asociaba con peores puntajes de sintomatología depresiva. Así los estudios detectaron que dicho grupo es el que tiene los peores correlatos, no solo psicológicos sino también a nivel psicosocial, físico y académico (Kowalski & Limber, 2013).

Previos estudios en lo relativo a perpetrar el cyberbullying y los correlatos de problemas emocionales indican que los resultados son inconsistentes. Algunos hallazgos sugieren que los cyberagresores no presentan más niveles de problemas emocionales (e.g., Juvonen et al., 2003). Mientras otros estudios hallaron que ellos presentan mayores niveles de dichos problemas (Bonanno & Hymel, 2013; Patchin & Hinduja, 2010; Schenk et al., 2013). En

el presente trabajo no se detectaron diferencias en el nivel de problemas emocionales entre los agresores tradicionales y los cybeagresores, con la única excepción que los cyberagresores presentaban menores niveles de depresión en comparación con los agresores tradicionales y el grupo que agredía de ambas formas. Incluso, su nivel de depresión era similar al del grupo de no involucrados. Estos resultados son coincidentes con los de Juvonen et al. (2003) y Volk, Craig, Boyce y King (2006). Para algunos autores, el bullying puede ser adaptativo ya que promueve acceso a recursos sociales o materiales (Book et al., 2011). También las ventajas de la cyberagresión (anonimato, desinhibición, contacto no directo con la víctima) podrían explicar no solo que dichos agresores no presenten peores niveles de problemas emocionales, sino que tuvieran el mismo nivel de sintomatología depresiva que de los grupos no involucrados.

Para algunos autores el resultado negativo para la salud mental del cyberbullying es el resultado de iniciar un hecho de cyberagresión el cual rápidamente se incrementa, volviéndose un problema mayor del que ellos anticipaban (Wong et al., 2014). Sin embargo, no todos los agresores actúan de este modo. Según algunos investigadores (e.g., Kowalski et al., 2013), el cyberbullying puede ser simplemente otro modo de agredir, puede ser un modo de vengarse o defenderse de la agresión (por ejemplo, una víctima que se defiende o se venga a través de las nuevas tecnologías) y, para otros, puede ser un modo de decir y hacer actos de agresión que nunca harían cara a cara. Más investigación es necesaria para determinar qué factores y motivaciones conducen a que una persona cometa cyberbullying y examinar si los distintos motivos de la misma se asocian con diferentes correlatos psicosociales. Además, sería relevante examinar en detalle las características de la cyberagresión: no solo qué lo motivó, sino también la frecuencia de los hechos de agresión, si fue una agresión anónima o no, entre otros.

No muchos estudios se han llevado a cabo para evaluar los correlatos de personalidad de la victimización tradicional y la cybervictimización. El presente estudio detectó que las víctimas tradicionales presentaban niveles más altos de neuroticismo que los no involucrados, en cambio las cybervíctimas presentaban niveles similares de neuroticismo que los no involucrados. Nuevamente los resultados del presente estudio indican que también a nivel de personalidad los efectos de la victimización tradicional eran algo más negativos, como lo han detectado otros estudios (Kowalski & Limber, 2013; Kubiszewski et al., 2015; Ortega et al., 2009; Wang et al., 2011). Sin embargo, en el resto de las variables de personalidad no emergían diferencias entre la victimización tradicional y la cybervictimización. El ser victimizado en ambas formas, en cambio, se asociaba con bajos puntajes en conciencia y

extraversión, como indican algunos estudios (por ejemplo, Kowalski & Limber, 2013), este tipo de polivictimización es el perfil de mayor riesgo para los adolescentes.

Pocos estudios se han llevado a cabo examinando el bullying tradicional, cyberbullying y la personalidad. La escasa literatura disponible indica una correlación con agrabilidad y conciencia (Bollmer et al., 2006; Scholte et al., 2005). En la presente investigación se halló que los cyberagresores mostraban menores niveles de conciencia que los no involucrados, pero niveles similares en agrabilidad que los no involucrados (estos dos grupos puntuaban más alto a este respecto en comparación con los restantes). También, los cyberagresores mostraban similares niveles en neuroticismo en comparación con los grupos restantes. En cambio, los agresores tradicionales mostraban niveles más altos de neuroticismo en comparación con los no involucrados y el grupo que agredía en ambas formas. Estos resultados indicarían que el perfil de personalidad de los cyberagresores era algo diferente que el de los agresores tradicionales: bajo en conciencia y neuroticismo y alto en agrabilidad. De este modo, estos hallazgos indicarían que los cyberagresores presentan un perfil de personalidad peculiar. Este resultado está en línea con los de Sontang et al. (2011) quienes detectaron que este grupo reportaba bajos niveles de agresión reactiva en comparación con los agresores tradicionales. Por otra parte, Kubiszewski et al. (2015) encontraron que los cyberagresores mostraban más agresión general que los agresores tradicionales, pero sus niveles de conducta antisocial eran similares. Los bajos niveles de conciencia –constructo bastante similar al de conducta antisocial- y la alta agrabilidad podría deberse a que este grupo agrede sin exponerse tanto y tal vez escudándose en el anonimato de las nuevas tecnologías, como ya sugirió, Livingstone, Haddon, Görzig, and Ólafsson (2011). También Wachs (2012) demostró que los cyberagresores carecen de culpabilidad y más baja conciencia que los agresores tradicionales, también la falta de contacto directo con la víctima y la facilidad para agredir con las nuevas tecnologías explicarían estos hallazgos. Por otra parte, la identificación de los grupos cyberagresores es un desafío para los adultos (docentes, padres) no solo por su perfil de personalidad (tan agradables como los no involucrados), sino también por las características de la cyberagresión (anónima en ocasiones, cambios rápidos y más difícil de detectar por la privacidad en el uso por parte de los adolescentes; muchos padres no saben o desconocen que sus hijos tienen cuentas o son usuarios en las redes sociales). Por todo, lo dicho, la identificación y prevención de la cyberagresión es un desafío para la investigación científica. En otras palabras, los cyberagresores tal vez puedan desempeñarse bien en las interacciones electrónicas -con sus niveles superficiales de interacción y la controlabilidad de la

presentación online-. Quizás este grupo toma ventaja de los aspectos positivos de las nuevas tecnologías (hacer nuevos amigos y estar en contacto), pero también la usa para aspectos negativos (agredir). Gammon et al. (2011) sugirere que la psicopatía y el narcisismo están asociados con el cyberbullying. Así los cyberagresores podrían usar sus niveles de agrabilidad, junto con su baja conciencia, para hacer y decir cosas que no se atraven a hacer y decir cara a cara. El retrato de los agresores tradicionales como menos agradables y con alto neuroticismo es bastante similar al ya dado por Olweus (1993) al hablar de los agresores típicos: impulsivos, antisociales y con baja competencia social Sin embargo, este autor distinguía dos tipos de agresores: los que agredían y los que eran simultaneamente agresores/víctimas. Ningunos de los dos grupos estaba libre de padecer una menor salud mental, pero los que solo agredían eran más funcionales en comparación con el otro grupo (usaban más agresión proactiva, tenían menores niveles de problemas emocionales y más apoyo social). Puede ser que las nuevas tecnologías permitan a algunos adolescentes usar la agresión proactivamente sin los costos sociales y psicológicos de la agresión tradicional (menor depresión, por ejemplo). También la literatura ha llamado a estos dos grupos como maquiavélicos (integrados socialmente) versus malajustados (marginados socialmente) (e.g., Rodkin, Espelage, & Hanish, 2015). El presente estudio indicaría que los cyberagresores son maquiavelicos o (cyber)socialmente integrados, como lo demuestra su perfil de personalidad y bajos niveles de depresión. Incluso su red social podría ser integrada en la escuela (al no exponerse tanto para agredir) e incluso, tal vez, aprovechen su uso de las nuevas tecnologías para estan en gran contacto social. Sin embargo, el pasar largo tiempo usandolas se asocia con mayores riesgos, uno de ellos es el cybebullying (Keith & Martin, 2005). Es interesante que los agresores tradicionales/cyberagresores –quienes agreden en ambas formas- no presenten una peor salud mental o un perfil de personalidad más disfuncional, como halló Sontang et al. (2011).

Este estudio tiene una serie de limitaciones: haber sido llevado a cabo con una muestra intencional de la Argentina. Por lo cual los resultados no son generalizables todas las ciudades de nuestro país, ya que importantes diferencias sociales, económicas y culturales existen entre ellos. Por otra parte, la mayoría de los datos han sido recogidos mediante el autoinforme, lo cual infla artificialmente las relaciones entre las variables por la varianza compartida del mismo método de recolección de datos.

Futuros estudios deberían examinar esta problemática en muestras seleccionadas al azar de diversas regiones de la Argentina para poder generalizar los resultados, ya que el estudio más reciente a este respecto en dicha región es de 2010 y se sabe que el desarrollo de las nuevas tecnologías y de las modalidades de cyberbullying cambian rápidamente debido a las continuas innovaciones en las tecnologías de la comunicación y la información. Finalmente, se debería avanzar en la prevención de dicha problemática, principalmente con intervenciones que involucren a alumnos, docentes, padres y la sociedad.

Referencias:

- Achenbach, T. M., & Rescorla, L. A. (2001). *Manual for the ASEBA School-Age Forms y Profiles*. Burlington, VT: University of Vermont, Research Center for Children, Youth, and Families.
- Akiba, M., LeTendre, G., Baker, D., & Goesling, B. (2002). Student victimization: National and school system effects on school violence in 37 nations. *American Educational Research Journal*, 39(4), 829-853. doi: 10.3102/00028312039004829
- Barker, E.D., Arseneault, L., Brendgen, M., Fontaine, N., & Maughan, B. (2008). Joint development of bullying and victimization in adolescence: Relations to delinquency and self-harm. *Journal of Behavioral Development of the American Academy of Child y Adolescent Psychiatry*, 47, 1030–1038.
- Bentler, P. M. (1992). On the fit of models to covariances and methodology to the Bulletin. *Psychological Bulletin*, 112(3), 400-404.
- Breivik, K., & Olweus, D. (2012). *An Item Response Theory Analysis of the Olweus Bullying Scale*. Bergen, Noruega: Universidad de Bergen.
- Byrne, B. (2010). *Structural equation modeling with AMOS: Basic concepts, applications, and programming*. Nueva York: Routledge.

- Cajidas de Segredo, N., Kahan, E., Luzardo, M., Ugo, M., Najson, S., & Zamalvide, G. (2006). Agresión entre pares (bullying) en un centro educativo de Montevideo: Estudio de las frecuencias de los estudiantes de mayor riesgo. *Revista Médica del Uruguay*, 22, 143-151.
- Card, N. A. (2003, abril). *Victims of peer aggression: a meta-analytic review*. Trabajo presentado en la reunión de la Society for Research in Child Development, Tampa, Estados Unidos.
- Card, N. A., & Hodges, E. V. (2008) Peer victimization among school children: correlations, causes, consequences, and considerations in assessment and intervention. *School Psychology Quarterly*, 23, 451–461. doi: 10.1037/a0012769
- Card, N. A., Isaacs, J., & Hodges, E. (2007). Correlates of school victimization: Recommendations for prevention and intervention. En J. E. Zins, M. J. Elias, & C. A. Maher (Eds.), *Bullying, victimization, and peer harassment: A handbook of prevention and intervention*. Nueva York: Haworth Press.
- Cook, C. R., Williams, K. R., Guerra, N., & Kim, T. (2009). Variability in the prevalence of bullying and victimization: A cross-national and methodological analysis. En S. Jimerson, S. Swearer, & D. Espelage (Eds.), *The International Handbook of School Bullying* (pp. 347–362). Mahwah: Erlbaum.
- Cornell, D. G., & Bandyopadhyay, S. (2010). The assessment of bullying. En S. Jimerson, S. Swearer & D. Espelage (Eds.), *Handbook of Bullying in Schools: An International Perspective* (pp. 265- 276). Nueva York: Routledge.
- del Barrio, C., Martín, E., Moreno, I., Gutiérrez, H., Barrio. A., & De Dios, M. (2008). Bullying and social exclusion in Spanish secondary schools: National trends from 1999 to 2006. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 8(3), 657-677.

- Espelage, D., & Swearer, S. (2003). Research on school bullying and victimization: What have we learned and where do we go from here? *School Psychology Review*, *32*, 365–383. doi: - PSIN-2003-09341-007; 2003-09341-007; 0279-6015.
- Facio, A., Resett, S., Mistrorigo, C., & Micocci, F. (2006). *Adolescentes argentinos. Cómo piensan y sienten*. Buenos Aires: Lugar editorial.
- Fondo para la Infancia de las Naciones Unidad (UNICEF) (2011). *Clima, conflictos y violencia en la escuela*. Buenos Aires: Fondo para la Infancia de las Naciones Unidad.
- Gómez-Guadix, M., Villa-George, F., & Calvete, E. (2014). Psychometric properties of the Cyberbullying Questionnaire (CBQ) among Mexican Adolescents. *Violence and Victims*, *29*, 232-247.
- García, L., Orellana, O., Pomalaya, R., Yanac, E., Orellana, D., Sotelo, L., Herrera, E., Sotelo N., Chavez, H., & Fenandini, P. (2011). Intimidación entre iguales (bullying): empatía e inadaptación social en participantes de bullying. *Revista de Investigación en Psicología de la UNMSM*, *14*(2), 271-276.
- Hartung, C., Little, C., S., Allen, E., K., & Page, M. (2011). A psychometric comparison of two self-report measures of bullying and victimization: Differences by sex and grade. *School Mental Health*, *3*, 44-57. doi: 10.1007/s12310-010-9046-1
- Hu, L.T., & Bentler, P.M. (1999). Cutoff criteria for fit indexes in covariance structure analysis: Conventional criteria versus new alternatives. *Structural Equation Modeling*, *6*(1), 1-55.
- Jessor, R., & Jessor, S. (1977). *Problem behavior and psychosocial development: A longitudinal study of youth*. Nueva York: Academic Press.
- Juvonen, J., Graham, S., & Schuster, M. A. (2003). Bullying among young adolescents: The strong, the weak, and the troubled. *Pediatrics*, *112*(6), 1231-1237.

- Kaltiala-Heino, R., Frojd, S., & Marttunen, M. (2010). Involvement in bullying and depression in a 2-year follow-up in middle adolescence. *European Child and Adolescent Psychiatry, 19*, 45–55.
- Kaplan, R. M., & Saccuzzo, D. P. (2006). *Pruebas psicológicas: principios, aplicaciones y temas*. 6ta ed. Madrid: International Thomson.
- Karna, A., Voeten, M., Little, T., Poskiparta, E., Alanen, E., & Salmivalli, C. (2011). Going to scale: a nonrandomized nationwide trial of the KiVa antibullying program for grade 1–9. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, 79*, 796–805.
- King, A., Wold, B., Tudor-Smith, C., & Harel, Y. (1996). *The health of youth. A cross-national survey*. Canada: WHO.
- Kovacs, M. (1992). *Children's Depression Inventory Manual*. North Tonawanda: Multi-Health Systems.
- Kowalski, R. M.; Giumetti, G. W.; Schroeder, A. N., & Lattanner, M. R. (2014). Bullying in the digital age: A critical review and meta-analysis of cyberbullying research among youth. *Psychological Bulletin, 140*(4), 1073-1137. doi: [org/10.1037/a0035618](https://doi.org/10.1037/a0035618)
- Kowalski, R. M., & Limber, S. P. (2013). Psychological, physical, and academic correlates of cyberbullying and traditional bullying. *Journal of Adolescent Health, 53*, 13-20. doi: [/10.1016/j.jadohealth.2012.09.01](https://doi.org/10.1016/j.jadohealth.2012.09.01)
- Kyriakides, L., Kaloyirou, C., & Lindsay, G. (2006). An analysis of the Revised Olweus Bully/Victim Questionnaire using the Rasch measurement model. *British Journal of Educational Psychology, 76*(4), 781–801. doi: [10.1348/000709905X53499](https://doi.org/10.1348/000709905X53499)
- Lereya, S., Copeland, W., Costello, E., & Wolke, D. (2015). Adult mental health consequences of peer bullying and maltreatment in childhood: two cohorts in two countries. *Lancet Psychiatry, 2*, 524–31.

- Macía Sepúlveda, F., & Miranda Padilla, C. (2009). Propiedades psicométricas preliminares de la escala de violencia entre pares en estudiantes secundarios chilenos. *Acta Colombiana de Psicología*, 12(2), 59-67.
- Mason, K. L. (2008). Cyberbullying: A preliminary assessment for school personnel. *Psychology in the School*, 45(4), 323-348.
- Mehari, K. R., Farrell, A. D., & Le, A. H. (2014). Cyberbullying among adolescents: Measures in search of a construct. *Psychology of Violence*, 4(4), 399–415.
- Mercy, J., Butchart, A., Farrington, D. y Cerda, M. (2002). Youth violence. En E. Krug, L. L. Dahlberg, J. A. Mercy, A. B. Zwi, & R. Lozano (Eds.), *The world report on violence and health* (pp. 25- 56). Ginebra: World Health Organization.
- Nansel, T., Craig, W., Overbeck, M., Saluja, G., & Ruan, W. (2004). Cross-national consistency in the relationship between bullying behaviours and psychosocial adjustment. *Paediatric and Adolescent Medicine*, 158(8), 730-736.
- Observatorio Argentino de Violencia en las Escuelas (2008). *Violencia en las escuelas: un relevamiento desde la mirada de los alumnos*. Buenos Aires: Ministerio de Educación.
- Olweus, D. (1993). *Bullying at school: What we know and what we can do*. Cambridge, MA: Blackwell.
- Olweus D. (1996). *The Revised Olweus Bully/Victim Questionnaire*. Bergen, Noruega: HEMIL, Universidad de Bergen.
- Olweus, D. (1999). Norway. En P. Smith, Y. Morita, J. Junger-Tas, D. Olweus, R. Catalano, & P. Slee (Eds.), *The nature of school bullying: A cross-national perspective* (pp. 28-48). Londres: Routledge.

- Olweus, D. (2011). Bullying at school and later criminality: Findings from three Swedish community samples of males. *Criminal Behaviour and Mental Health*, *11*(2), 151-156.
- Olweus, D. (2012). Invited expert discussion paper: Cyberbullying: An overrated phenomenon? *European Journal of Developmental Psychology*, *9*(5), 520- 538.
- Olweus, D. (2013). *School bullying: Development and some important challenges. Annual Review of Clinical Psychology*, *9*, 751-780. doi: 10.1146/annurev-clinpsy-050212-185516
- Pepler, D., Jiang, D., Craig, W., & Connolly, J. (2008). Developmental trajectories of bullying and associated factors. *Child Development*, *79*, 325-338.
- Phillips, V., & Cornell, D. (2012). Identifying victims of bullying: Use of counselor interviews to confirm peer nominations. *Professional School Counseling*, *15*, 123-131. doi: 10.5330/PSC.n.2012-15.123
- Randall, P. (1997). *Adult bullying: Perpetrators and victims*. Londres: Routledge.
- Resett, S. (2011). Aplicación del cuestionario de agresores/víctimas de Olweus a una muestra de adolescentes argentinos. *Revista de Psicología de la Universidad Católica Argentina*, *13* (7), 27-44.
- Resett, S. (2014). Bullying: víctimas, agresores, agresor-víctimas y correlatos psicológicos. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, *60*(3), 171-183.
- Resett, S. (2015). *Bullying, nominaciones de pares y correlatos psicológicos en adolescentes de escuelas medias*. Manuscrito en evaluación.
- Resett, S., Costa, D., Murata, C., & Falcone, N. (2015). Equivalencia factorial del Cuestionario de Agresores/Víctimas de Olweus según género. *Interdisciplinaria*, *32*(1), 1-14.

- Raskauskas, J., & Stoltz, A. (2007). Involvement in traditional and electronic bullying among adolescents. *Developmental Psychology, 43*, 564–575.
- Rigby, K., Smith, P., & Pepler, D. (2004). Working to prevent school bullying: Key issues. En P. Smith, D. Pepler, & K. Rigby (Eds.), *Bullying in schools: How successful can interventions be?* (pp. 1-12). Cambridge: Cambridge University Press.
- Román, M., & Murillo, F. (2011). América Latina: violencia entre estudiantes y desempeño escolar. *Revista CEPAL, 104*, 37-54.
- Romera Félix, E., del Rey Alamillo, R., & Ortega Ruiz, R. (2011). Prevalencia y aspectos diferenciales relativos al género del fenómeno *bullying* en países pobres. *Psicothema, 23*(4), 624-629.
- Rosenberg, M. (1973). *La autoimagen del adolescente y la sociedad*. Buenos Aires: Paidós.
- Rudolph, K. D. (2009). The interpersonal context of adolescent depression. En S. Nolen-Hoeksema, & L. Hilt (Eds.), *Handbook of adolescent depression* (pp. 377–418). Mahwah: Erlbaum.
- Rudolph, K. D., Flynn, M., & Abaied, J. L. (2008). A developmental perspective on interpersonal theories of youth depression. En J. R. Z. Abela, & B. L. Hankin (Eds.), *Child and adolescent depression: Causes, treatment, and prevention* (pp. 79–102). Nueva York: Guilford.
- Salmivalli, C., Lagerspetz, K., Bjorkqvist, K., Osterman, K., & Kaukiainen, A. (1996). Bullying as a group process: participant roles and their relations to social status within the group. *Aggressive Behavior, 22*, 1–15.
- Solberg, M., & Olweus, D. (2003). Prevalence estimation of school bullying with the Olweus Bully/Victim Questionnaire. *Aggressive Behavior, 29*, 239-268. doi: 10.1002/ab.10047

- Smith, P., Cowie, H., Olafsson, R., y Liefvooghe, A. (2002). Definitions of bullying: A comparison of terms used, and age and sex differences, in a 14-country international comparison. *Child Development, 73*, 1119-1133.
- Smith, P., Singer, M., Hoel, H., y Cooper, C. (2003). Victimization in the school and workplace: Are there any links? *British Journal of Psychology, 94*(2), 175-188.
- Sontag, L. M., Clemans, K., Graber, J. A., & Lyndon, .S. T. (2011). Traditional and cyber aggressors and victims: A comparison of psychosocial characteristics. *Journal of Youth and Adolescence, 40*, 392– 404. doi: 10.1007/s10964-010-9575-9
- Stein, J., Dukes, L., & Warren, J. (2007). Adolescent male bullies, victims, and bully-victims: a comparison of psychosocial and behavioural characteristics. *Journal of Paediatric Psychology, 32*(3), 273-282.
- Verhulst, F., & van der Ende, J. (1991) Assessment of child psychopathology relationship between different methods, different informants and clinical judgement of severity. *Acta Psychiatrica Scandinavica, 84*, 155-159.

Tabla 3.

Correlaciones de Pearson entre las subescalas ser agredido y ser agresor de Olweus y las escalas de problemas emocionales, de conducta y las escalas de cybervictimización y ser cyberagresor del Cuestionario de Cyberbullying.

Escalas	Subescala ser agredido de Olweus	Subescala ser agresor de Olweus
Depresión	.36***	-
Ansiedad	.33***	-
Conducta antisocial	-	.46***

Agresividad	-	.44***
Escala	.61***	
cybervictimización		.56***
Escala cyberagresor		

$N = 1151$

Nota. *** $p < .001$

Resultados

Para evaluar la estructura factorial del Cuestionario de Cyberbullying, se realizó un análisis factorial exploratorio con los 28 ítems mediante el método de componentes principales y la rotación oblicua por medio del método Oblimin. Se solicitó la extracción de autovalores mayores a 1. El cálculo del índice de adecuación muestral Kaiser–Meyer–Oklin ($KMO = 0,91$) y la prueba de esfericidad de Bartlett ($X^2 = 16748,19$; $p < 0,001$ gl378) indicaron que era apropiado llevarlo a cabo.

En la tabla 1 se presentan los resultados del análisis factorial, el cual arrojaba cuatro facto

	Componente			
	1	2	3	4
ciberbull1		,567		
ciberbull2		,707		
ciberbull3		,598		-,342
ciberbull4		,777		
ciberbull5		,582		-,307
ciberbull6		,437	-,351	
ciberbull7			-,331	-,419
ciberbull8			-,836	
ciberbull9			-,697	
ciberbull10			-,826	
ciberbull11		,666		
ciberbull12		,650		
ciberbull13				-,603
ciberbull14				-,806
ciberbulla1	,472			
ciberbulla2	,424			
ciberbulla3	,316			-,410
ciberbulla4	,740			
ciberbulla5	,583		-,343	
ciberbulla6			-,419	-,479
ciberbulla7	,352		-,305	-,473
ciberbulla8	,312			-,509
ciberbulla9	,363			-,655
ciberbulla10	,317			-,746
ciberbulla11	,727			
ciberbulla12	,730			

ciberbulla13				-,550
ciberbulla14				-,635

Método de extracción: Análisis de componentes principales.

Metodo de rotación: Normalización Oblimin con Kaiser.

a. La rotación ha convergido en 31 iteraciones.

res que explicaban un 61% de la variancia con 41%, 9%, 5% y 4%.

Al calcular el estadístico alfa de Cronbach, el mismo fue 0,81 para escala ser agresor 0,93. Y 0,87 para total agredido. Escala 1 ser agredido 0,87, escala 2 0,92 y escala 3 0,93.

Matriz de correlaciones de componentes

Componente	1	2	3	4
1	1,000	,176	-,351	-,372
2	,176	1,000	-,269	-,303
3	-,351	-,269	1,000	,431
4	-,372	-,303	,431	1,000

Método de extracción: Análisis de componentes principales.

Metodo de rotación: Normalización Oblimin con Kaiser.

Se llevó a cabo un análisis factorial confirmatorio con el procedimiento de máxima verosimilitud robusto debido a que los ítems no tenían una distribución normal y las Kurtosis eran grandes.

Tabla 3.

Índice de ajuste de los modelos del Cuestionario de Cyberbullying

Modelos	χ^2	<i>gl</i>	CFI	TLI	RMSEA	$\Delta\chi^2_a$	Δdf
Modelo 1	522,281	328	0,93	0,91	0,05		
Modelo 2 dos factores no relacionados	1241,367	126	0,86	0,82	0,09	335,27***	1
Modelo 3 unifactorial	2488,892	135	0,70	0,66	0,12	1582,795***	10

Nota. *** < p .001